

ATANASIO G. SARAVIA HISTORIADOR DE LA NUEVA VIZCAYA EN HOMENAJE A SU VIDA EJEMPLAR

por Guadalupe PÉREZ SAN VICENTE

México debe a cuatro de sus generaciones los rumbos definitivos de su apasionante historia. A sus cuatro generaciones de combate, de beligerancia constructiva, de iniciación, a sus generaciones eliminatorias y polémicas, como las nombra Ortega y Gasset.¹

La *primera*, en que conquistados y conquistadores integran una nueva forma de vida; la *segunda* que a la madurez de esa vida le entregó su independencia política; la *tercera* hizo la Reforma y la encauzó en nuevas formas ideológicas; y la *cuarta* al hacer la Revolución marcó su integración social.

Cada generación con su “minoría selecta y su muchedumbre”; con su compromiso dinámico entre masa e individuo; “con una fisonomía común que identifica a los más violentos antagonistas. Cada generación con “su trayectoria vital determinada” y con su “peculiar actitud frente a la cultura heredada”.

La primera generación dio a la Nueva España la enorme extensión de su territorio. La segunda irradió su movimiento de la región central de la Nueva España-Guanajuato-y-Michoacán, de donde fueron originarios sus caudillos: Hidalgo, Morelos, Iturbide.

La tercera generación bajo el signo de Juárez consolidó el mutilado territorio que heredó del santanismo. La cuarta, al generar el movimiento revolucionario en el Norte, integró *de facto*, a la República, las inmensas tierras débilmente pobladas del extremo del territorio.

Esta cuarta generación fundamentalmente norteña dio a la Revolución jefes recios y contingente aventurero “raza fuerte”, que extendió sus acciones hasta más allá de la frontera del Río Bravo. Dio, además, los hombres que dispuestos siempre al sacrificio trabajaron por México en las más convulsas circunstancias, con inquebrantable fe.

¹ Sobre el tema de las generaciones sigo a José Ortega y Gasset. *El tema de nuestro tiempo*. Madrid, Austral, 1968, pp. 11 y ss.

A esta generación perteneció don Atanasio G. Saravia. Nació el 9 de junio de 1888, en el inicio del declive del porfirismo, en la recoleta ciudad de Durango.

Su niñez y primera juventud transcurrieron en el ámbito del Valle del Guadiana, el de paisajes de grandes horizontes y cielos de increíble hermosura, en que las nubes preñadas de belleza desdeñan la lluvia, y la transparencia del aire acerca los cerros distantes o las estrellas.

Supo del duro reto del desierto al hombre y aprendió a conocer y a amar a ese otro rostro del México pentafásico; que México, como el hombre pentafásico del mural de Orozco,² sugiere un vigoroso cuerpo con varios rostros, burilados por los diversos tintes de los pueblos y la geografía mexicana.

Su obra historiográfica: temas y conceptos

La obra historiográfica de Atanasio G. Saravia es una buena pauta para comprender su vida.

Como historiador se proyecta en sus temas, en la selección de sus intereses. Como buen historiador recoge los cambios que el hombre sufrió e imprimió al desarrollo de su colectividad.

Su obra se enfoca hacia el México del Norte, en el cual naciera el movimiento revolucionario que irrumpió y transformó la vida de su generación, a la exaltación de la vida heroica de los misioneros que entregaron sus vidas, al ideal de enseñar a los indígenas del Norte la fe católica, en la cual Saravia vivió y murió. Exalta a los indígenas, los conquistadores y los pobladores que forjaron el México norteño. Reflexiona sobre la significación de la Historia y el servicio del historiador. Su amor por la familia, por el linaje, por la patria, su fe inquebrantable en la tierra, quedaron manifiestos en sus obras.

Tres son sus estudios fundamentales, publicados bajo el modesto rubro de *Apuntes para la Historia de la Nueva Vizcaya*. Los dos primeros: *La conquista* y *La ciudad de Durango* los publicó el Instituto Panamericano de Geografía e Historia, el tercero: *Las sublevaciones*, es de la Editorial Porrúa.

Publicó además veintinueve estudios breves –discursos y conferencias– y tres libros más: *Los misioneros muertos en el Norte de la Nueva España*, *¡Viva Madero!*, y *Cuatro siglos de la vida de una hacienda*.³

² En el mural de la Universidad de Guadalajara.

³ Las fichas bibliográficas de toda su obra aun la inédita se encuentran en el Apéndice. Ello fue posible por la eficaz ayuda de su hija primogénita Amelia G. Saravia de Farrés, a quien expreso mi agradecimiento.

La primera valoración de su obra histórica abrió para Saravia, en 1920, las puertas de la Academia Mexicana de la Historia correspondiente de la Real de Madrid, cuando sólo tenía treinta años. Tenía publicados, además de *Los misioneros muertos en el Norte de la Nueva España, sus estudios La Nueva Vizcaya al finalizar el siglo XVI* –discurso de ingreso a la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística–, *Las tribus primitivas del Norte*, *La iglesia española de Indias a fines del siglo XVIII*, *El descubrimiento de América*, *Los funerales de don fray Gonzalo de Hermosillo, Durango, breves apuntes históricos*, *Para ella y por ella* (premiado en España) e *Historia del Malpáís*.

La segunda valoración, ya de la totalidad de su obra, había de realizarla su sucesor en el sitial de la Academia, el doctor Miguel León-Portilla,⁴ en quien se cumplen las mismas altas dotes humanas.

El rigor de la investigación, el criterio para la valoración de las fuentes, el manejo de la bibliografía sobre los temas a tratar, muestran más a un profesional de la Historia que no al aficionado, como Saravia gustaba llamarse, por dedicarle sólo el tiempo de su descanso.

La obra es fuente de consulta, como lo afirma entre otros Spicer en su *Cycle of the conquest*,⁵ imprescindible en especial para la historia de la Nueva Vizcaya, que fue una de las cinco provincias de occidente y abarcó el territorio del actual estado de Durango y parte de los estados de Sonora, Chihuahua y Sinaloa.

La costa del Noroeste la estudia en su *Mazatlán y Villa Unión*. En los discursos con que respondió al ingreso de don Joaquín Meade y del historiador jalisciense José López Portillo y Weber, a la Academia Mexicana de la Historia correspondiente de la Real de Madrid, Saravia precisó la función de la historia regional.

En su discurso en respuesta al de ingreso a la misma corporación del ingeniero y maestro Vito Alessio Robles, Saravia analiza la historiografía del Norte y complementa la bibliografía.

a) *La conquista*

En su obra *La conquista* inicia la caracterización de la conquista del territorio mesoamericano que llama “del centro” con las diferentes perspectivas que presenta la conquista “del norte”. Ambas son hazañas de “empresa privada”,

⁴ *Memorias*. T. xxix, abril-junio, 1970, núm. 2, pp. 161-8.

⁵ Spicer, Edward H., *Cycles of the conquest. The impact of Spain, Mexico and the United States on the Indians of the Southwest, 1533-1960*. Tucson, The University of Arizona Press, 1962.

aunque tendientes a un solo fin,⁶ que en el Norte se despoja de toda nota de crueldad y destrucción hacia los indígenas, que no tenían ciudades, ni cultura que defender.

La personalidad de los conquistadores españoles, es también diferente: “cada conquistador imprimió a su obra un poco de su personalidad”, contra la maliciosa madurez de Hernán Cortés, el joven Francisco de Ybarra, impone con sus diecisiete años “la falta de vicios que acompañan a la extrema juventud”,⁷ por lo menos de aquellos tiempos. La noble personalidad de Ybarra surge en el estilo directo de Saravia en el *Proyecto de levantar un monumento a don Francisco de Ybarra*.⁸

Entre los conquistadores del Norte predominaron los vizcaínos, como el propio Ybarra, gente de recio temple, acostumbrados al rigor del trabajo y al clima de la Vizcaya española, en el Durango cuyo nombre renacieron en la “Nueva España” y quienes sin embargo, por el trasplante a la América, más que el fierro deseaban el oro y la plata. El mismo Ginés Vázquez del Mercado, cuyo nombre perpetúa el cerro que descubrió, decepcionado porque las entrañas de la montaña eran de fierro y no de plata como aseguró la leyenda, se volvió a la Nueva Galicia, “sin alcanzar a terminar su viaje de regreso, por haber sido herido por los indios en las cercanías de Saín, lo que le acarreo la muerte”.⁹

Fueron hombres que aceptaron el desafío de la naturaleza en contra del desconsolador parecer del misionero jesuita: “aunque llana, la tierra no lleva sino espinas y abrojos, parece que le cupo la mayor parte de la maldición que Dios echó a la tierra”.¹⁰

Y la “tierra estéril y penosa para su tránsito¹¹ fue vencida, y las poblaciones surgieron, y las construcciones buscaron el agua bienhechora, para encontrar a las orillas de los ríos los árboles más bellos: los ahuehetes, los sabinos, que aun crean isletas paradisíacas, los oasis de las tierras semi-desérticas.

Se descubrieron los filones de plata, y la ganadería proliferó en los pastos vírgenes; los españoles se auxiliaron de indígenas de otras regiones, y la toponimia recuerda a los tarascos en Los Michoacanes y a los mexicas, tlaxcaltecas y tonacaltecas¹² en los barrios. Los negros fueron traídos a las minas.

⁶ *Consideraciones sobre Durango y su historia*, p. 142.

⁷ *Op. cit.*, p. 144

⁸ Carta a don Antonio de Juanbelz, director de *El Siglo de Torreón*.

⁹ *Consideraciones sobre Durango y su historia*, p. 145.

¹⁰ Testimonio jesuita, citado por Saravia. *Durango oriental*, p. 137.

¹¹ *Op. cit.*, p. 141.

¹² *Durango oriental*, p. 113.

La conquista norteña es también diferente porque los franciscanos fueron la avanzada de la civilización. Saravia, en *Los primeros franciscanos en la Nueva Vizcaya*, con pulcra prosa ensalza las vidas de quienes enseñaron a los indígenas formas de vida superiores a las que tenían, destaca la importancia de los franciscanos como avanzada de la civilización, las fundaciones que hicieron y aclara errores geográficos de la crónica del padre Arlegui.¹³

Surgen de las páginas de *Los misioneros muertos en el Norte de la Nueva España*, los jesuitas, a quienes correspondería más tarde la catequización sistemática de aquellos contornos y una heroica muerte a manos de los indígenas.

La fe católica sembrada con amor y sangre de martirio, la devoción mariana tan grata a la ternura mexicana, es el tema de *Nuestra Señora de la Nueva Vizcaya*,¹⁴ la historia de las imágenes veneradas, surge con los hechos milagrosos: Nuestra Señora de Hachazo o del Zape, María Santísima del Mezquital, la Inmaculada Concepción, cuya defensa se juraba en México, aun antes de que lo ordenara el Concilio de Trento. Alude a la entronización de la Virgen de Guadalupe y, a partir de la Independencia, la Virgen del Refugio y la del Socorro y, sobre todas, la devoción especialísima a la Virgen de Durango: María Santísima del Sagrario, porque fue a buscar el refugio del Sagrario cuando el incendio de la Catedral, como puede estudiarse en el exhaustivo trabajo *La Catedral de Durango*.¹⁵

b) *Los indígenas*

En *La conquista* y después en *Las sublevaciones*, *El indio Rafael*, *La insurrección tephuana en 1616*, *La Nueva Vizcaya*, *Durango oriental* y *Las tribus primitivas del Norte*, estudia Saravia de manera específica el tema de las poblaciones indígenas. Este último publicado en *La Nave*, la revista que fundaron en 1916, Martínez del Río y García Granados.

El Norte mexicano fue el territorio menos indio de la Nueva España. El enfrentamiento de los conquistadores fue a “tribus nómadas o seminómadas sujetas por consecuencia a condiciones de vida muy precarias, ya que tenían que confiar para su alimentación en la caza, la pesca y la recolección de raíces y hierbas del campo”. Los lugares de asiento permanente, con principios ru-

¹³ Ob. cit., p. 100-3. Arlegui, José, MRP *Crónica de la Provincia de Nuestro Padre San Francisco de Zacatecas*. México. Cumplido. 1851.

¹⁴ *Ábside*, t. IV, núm. 10, pp. 15-26, núm. 11, pp. 30-38, núm. 12, pp. 56-65.

¹⁵ Página 12.



Atanasio G. Saravia

dimentarios de agricultura, “también ofrecían inseguridades por la naturaleza del suelo, de las lluvias y las sangrientas irrupciones de otras tribus que en son de guerra las invadían”.¹⁶

Las tribus eran tepehuanes, mexues, iritilas, gachos, guazahayos, oculas, conchos, ochoes, alamamas, zacatecos, guachichiles, laguneros, caxcanes, coras, acaexes.

Abunda en la caracterización psicológica de los indígenas, y los problemas emanados de la convivencia con los españoles, los criollos, y los mestizos, en las etapas que Spicer califica de “ciclo español” y “ciclo mexicano” de conquista de los indios. Anota, por ejemplo, “que eran aficionados a desmembrarse, a vivir sin ranchar”; “su gusto por vestirse de paño, a la española”;¹⁷ “la ayuda a los españoles, criollos y mestizos, por el temor a otros más belicosos”, su actitud ante la cristianización; “el temor a morir que les impedía entrar a las iglesias, porque en ellas había entierros”, y la obligación que imponían “de pagar salario también a su caballo”, “porque ningún indígena se desplazaba a pie”.¹⁸

En su conquista y asimilación distingue tres fases: “primero la *conquista* que dominó y organizó los territorios; segundo la *sublevación* contra lo establecido, que llegó a amenazar, a veces seriamente, la vida de aquella incipiente civilización y, tercero, *las invasiones* de los indios bravos, que lo mismo combatían al blanco que al mestizo o al indio sometido, lo que finalmente fue dando por resultado una unión mayor entre estos últimos que estrechaban sus lazos de sangre, de amistad y de compañerismo, para resistir al enemigo común”.¹⁹

Proverbial origen de “la raza fuerte” que proclamara Alessio Robles y que Saravia exalta y configura: “El indio primitivo en muchas partes se fue asimilando con otras razas y no desapareció por extinción sino por su transformación en lo que son ahora nuestros hombres de campo de aquel rumbo, hombres sobrios, fuertes y valientes que descenden de muchas generaciones entregados a las rudas faenas del campo, disfrutando de horizontes amplísimos y avezados a luchar diariamente con la naturaleza; hombres que nunca pudieron entregarse a la molicie porque aquellas regiones semidesérticas y pobres exigían constantemente esfuerzo para la vida, y valientes, porque siempre aislados en los campos, a distancias muy grandes unos poblados de otros, tenían que desarrollar su decisión y su confianza en sí mismos, no sólo

¹⁶ *Memorias*, t. IV, núm. 2, 1945, pp. 158-166.

¹⁷ *Durango oriental*, p. 136.

¹⁸ *Op. cit.*, p. 116.

¹⁹ *Op. cit.*, p. 117.

para sortear los peligros ordinarios que su género de vida ofrecía, sino también para por la astucia o por la fuerza librarse frecuentemente de las acometidas de aquellas hordas salvajes que del Norte irrumpían haciendo una campaña de terror.”²⁰

c) *La hacienda y la Revolución*

Al movimiento revolucionario dedicó su obra *¡Viva Madero!* novela histórica en que aparecen los grandes cambios que la Revolución propicia; y en la que el paisaje humano y físico surge a los ojos agudos de quien desde muy joven, al recorrer sólo grandes distancias, dependía de su capacidad de observación para orientarse.

Los grandes cambios aparecen también en su obra *Cuatro siglos de la vida de una hacienda* con una clara perspectiva histórica en la que la Historia, como enfatiza una corriente de la moderna historiografía, es el estudio de los cambios que el hombre sufre e imprime al desarrollo de su colectividad.

Cuatro siglos de la vida de una hacienda plantea uno de los graves problemas nacionales: el del campo. La difícil problemática de la hacienda ganadera y las soluciones que en el transcurrir de cuatrocientos años surgieron, aparecen en esta obra de Saravia, con lenguaje entrañable. En las Provincias Internas la ganadería se expandió más allá de la zona minera en las tierras más débilmente pobladas del extremo Norte. Las condiciones ecológicas y humanas propiciaban ese tipo de desenvolvimiento. Los indígenas, más dispuestos a la vida móvil que a la sedentaria, hechos al recorrido de grandes distancias, necesitaron menor tiempo de adaptación a esa forma de vida, que a la comunidad agraria, “al ranchar” que llamaron los misioneros.

La hacienda ganadera buscó en las zonas mineras su centro de consumo. Las salazones de la carne se perfeccionaron: las cecinas, las machacadas y los famosos “chicharrones de vieja”, hoy todavía lo atestiguan. Los embutidos, longanizas, en especial “los chorizos con cemitas y tornachiles”, cimentaron buena fama, cuyo recuerdo Saravia asocia a los gozos de su niñez.²¹ Los cueros, con una primaria preparación, buscaban el camino de Europa

La hacienda ganadera era una pequeña unidad económica y en ella la vida se desarrollaba con elemental sencillez, con austeridad, “pese a las censuras de quienes vieron en esa simplicidad un signo de barbarie, más que remitirla al

²⁰ *Loc. cit.*

²¹ *Del siglo XVI al siglo XX*, pp. 64.

encarecimiento que el sistema de comercialización imponía”,²² y más que adentrarse en la vida cotidiana de las familias ganaderas, entre las que se hablaba y leía en inglés, francés, se hacía música, teatro y poesía, se leía a Molière y se recitaba a Shakespeare. Y en las que el ocio se canalizaba útilmente. Saravia aprendió todo ello: inglés, francés y a tocar el piano y el violín –esfuerzo autodidacta– en sus momentos de descanso.

Si la hacienda era de religiosos, la vida doméstica agudizaba su austeridad y ensanchaba sus límites. Cuando la hacienda La Punta pasó a ser de la Compañía de Jesús, se manejó con la pericia de quienes habían creado un aparato de consumo y producción, cuya eficacia precisaba ese momento histórico. Controlaron tierras diseminadas, manejaron el crédito rural, incrementaron la ganadería y los cultivos y con los productos alimentaron sus instituciones educativas y de evangelización.

A la expulsión de los jesuitas, sus complejas empresas se destruyeron, se parcelaron las haciendas y la administración pasó a manos de empleados oficiales, no siempre aptos ni honestos.

La extinción de la Compañía de Jesús produjo en toda la Nueva España reacciones de descontento, más violentas en donde el aislamiento había hecho identificarse a las poblaciones con la obra de los jesuitas.

La Nueva Vizcaya “había actuado en buena medida como frontera a las innovaciones”, “se configuraba en su aislamiento, en el ideal de lealtad al Rey”. Sujeta a México central, y viviendo en el equilibrio social de la estepa ganadera, con diferentes condiciones de vida y estímulos para luchar que el México central, tardó en comprender y aceptar el movimiento y la Independencia.

La respuesta de esa sociedad al movimiento de Reforma hubo también de ser tardía, porque ellos, durante siglos, habían sido encargados de salvaguardar la pureza de la fe católica, acendrada por la sangre de sus mártires.

La problemática de la zona se agudizó posteriormente; la organización semifeudal y los grandes latifundios surgieron y se consolidaron. Por ello al relámpago de Madero respondió la vibración norteña y se derramó hacia el México central.

²² Halperin, Tulio, *Historia contemporánea de América Latina*. Madrid, Editorial Alianza, 1970, pp. 20-1.

d) *Patria e Historia*

Patria e Historia son dos conceptos que mutuamente se sustentan. El amor a la tierra, a la familia, al ámbito en el cual se nace, tiene que sustentarse en la razón, en el conocimiento, si no quiere producir el patriotismo. El patriotismo ha de sustentarse en la valoración de la tradición, en la comprensión del pasado, de la propia historia. El linaje, la familia, el pasado cobra así una dimensión más sólida.

Nuestro tiempo abre al hombre la posibilidad del conocimiento de la totalidad de la tierra y del universo inmediato. Esta universalidad parece poner en crisis los conceptos clásicos de nacionalidad, de patria. Sin embargo, un auténtico sentido patriótico no se contrapone a ningún concepto ecuménico. Saravia expresa así su concepto de patria: “para amar a nuestro país, tan intensamente como debemos amarlo, es necesario en primer lugar, tener amor a su propia personalidad, a su propio carácter que forman los elementos que lo distinguen de los demás países y le dan esa individualidad que entre todos formamos y de la que todos participamos, y que es la que forma esa entidad, que, con el nombre de patria, llevamos en nuestro corazón todos los mexicanos”.²³

En dos discursos analizará Saravia la urgencia de una conciencia histórica en la que prevalezca “la madurez de juicio sobre el simplismo sectario”;²⁴ el juicio es de Alfonso Reyes sobre Justo Sierra. Uno de los discursos fue su respuesta como director de la Academia, en la recepción del historiador Silvio Zavala. El otro –anterior– lo leyó en ocasión del XXV aniversario de la fundación de la ilustre Academia.

El doctor Zavala rindió *Tributo al historiador Justo Sierra*. Su pensamiento encuentra resonancia en Saravia: “la necesidad de una unión espiritual más completa, y de una alma nacional, bien definida, por mayor comunidad de aspiraciones”.²⁵

Esa grave responsabilidad compete a los historiadores; ése es su papel en la sociedad. “Apreciar esa cualidad en un historiador –escribía Saravia– es de enorme trascendencia para señalar el camino a que debemos aspirar cuantos del estudio de la Historia nos ocupamos, ya que perseguir el propósito de analizar correctamente nuestro pasado, haciendo justicia a todos los ideales que han brillado en nuestra historia, aun cuando a veces se hayan perdido entre el humo de los combates y el polvo de la derrota, arrojará mucha más luz sobre

²³ *Consideraciones sobre Durango y su historia*, p. 102.

²⁴ *Memorias*, t. II, núm. 4, octubre-diciembre, 1944, p. 205.

²⁵ *Loc. cit.*

los actos de nuestros mayores y nos hará apreciar infinitamente más los esfuerzos desarrollados en el curso de los años por gentes y partidos que en muchos de sus puntos de vista pueden merecer respeto y no ser simplemente arrollados por el sólo himno de triunfo de los vencedores"... "una interpretación que la aparte totalmente de los resquemores de las luchas y de las ideologías egoístas de los partidos". Enfatizará que la Historia, "estudiada con amplitud de criterio, con verdadero patriotismo, tendrá que llevarnos a un conocimiento mejor de las aspiraciones generales y por la justa apreciación de los sucesos del pasado, de los principios y valores rebatidos, haciendo la debida justicia a los diversos componentes de los partidos en lucha, y de los ideales y propósitos que sustentaban, llegaremos seguramente a un mejor entendimiento nacional". "Indudablemente si un pueblo conoce su pasado y lo sabe valorar, si ese pueblo puede orientarse para una noble aspiración común existirá de manera más firme una mayor unión entre los habitantes del país, y un deseo, también mayor, de cooperar, con todo su esfuerzo, en el sentido en que verdaderamente se tengan puestas las miras para el bienestar nacional."²⁶

Una conciencia histórica más clara, aligerada de toda carga de resentimientos, "sería estímulo para toda acción positiva", en beneficio de la sociedad, en beneficio de la nación.

Si el mexicano dejaba de mirar como negativa su herencia española, si aprendía a valorar lo positivo y lo negativo y, sobre todo, a aceptarlo como un hecho histórico del cual nació el mexicano, podría afincarse firmemente en sus dos raíces y consolidar su grandeza.

¡Noble afán de integrar al mexicano! Otros ilustres investigadores hacían ya la valoración del mundo indígena; Saravia, por su circunstancia, por vocación, se ocupó de la raíz española.

"A su juicio –lo destaca León-Portilla en su discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Historia–,²⁷ era necesario intentar una revaloración crítica de lo que habían significado, como etapa formativa, los tres siglos virreinales. Reflexionando sobre el largo periodo de la dominación española, encontraba razonable que, durante los años que siguieron a la independencia, se hubiera mantenido en México una profunda actitud anti-hispana. Pero, "la formación de la historia de un país –añade–, es un trabajo nunca interrumpido, pues que el ensanche diario de los conocimientos adquiridos va descubriendo siempre nuevos puntos de vista. Cada generación aporta algo a esa obra constante..." A su parecer había llegado el momento en que, superadas

²⁶ *Op. cit.*, p. 200.

²⁷ *Memorias*, t. XXIX, abril-junio, 1970, núm. 2, pp. 161-178.

las antiguas fobias, al igual que se emprendían serias investigaciones sobre el pasado, indígena, se atendían también al otro antecedente de nuestro ser histórico. A su generación tocó el inicio de la revaloración de las dos raíces de lo mexicano sin las filias ni las fobias,²⁸ que recogiera el historiador Rafael García Granados, buscando el equilibrio que la mezcla derrama en el ser mestizo del mexicano.

Esa ilustre generación de Pablo Martínez del Río, Rafael García Granados, Manuel Toussaint, Manuel Romero de Terreros, Julio Jiménez Rueda, Federico Gómez de Orozco, etcétera, cuyo señorío tan mexicano y sabias enseñanzas, cubre una brillante etapa de la historia mexicana.

Hizo patente su interés por España y su historia en el estudio en que valoraba la significación de España y su obra, que le valiera el premio de “S. M. la Reina Doña María Cristina, en el concurso celebrado por el Excelentísimo Ayuntamiento de Madrid, bajo la presidencia de S. M. el Rey don Alfonso XIII, el día 12 de octubre de 1919, para conmemorar la Fiesta de la Raza”,²⁹ se publicó en Madrid en 1920. *Al descubrimiento de América*, dedicó su discurso pronunciado en la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística en la celebración de la Fiesta de la Raza, el 12 de octubre de 1917.³⁰ Recreó las festividades de *La proclamación de don Luis 1, en 1724*³¹ y como poeta que fue, valoró las obras poéticas que se escribieron. La exaltación de los valores y factores esenciales de la cultura española del siglo XVI se encuentran en su *Discurso en la velada conmemorativa del XXV aniversario de la fundación de la Academia*. En su magnífico elogio a la reina Isabel la Católica, hace un buen resumen de la historia de España desde el siglo xv, en el que “destaca el instinto del pueblo para presentir su bien” y exalta “la grandiosa figura de Isabel de Castilla que transformó a la España semi-caótica en una nación fuerte e inamovible”. Valora cómo “la epopeya de Granada fue la maravillosa despedida de aquella época histórica, que hizo esplender lo que de bueno tuvo la Edad Media”. Enfatiza cómo “el reinado de Isabel hizo renacer en sus hombres el sentimiento de lealtad, el amor a la gloria, al ideal de engrandecer a España y extender el reinado de Cristo”.³²

Su concepto providencialista de la historia se hace patente: todo esto fue posible por permisión divina. “Dios, el Rey de Reyes”, permitió todo ello para

²⁸ *Filias y fobias*, México, Editorial Polis, 1937.

²⁹ *Ensayos históricos*, p. 127.

³⁰ *Op. cit.*, p. 61.

³¹ *Memorias*.

³² *Memorias*.

la cristianización de los indios, para que surgiera de la oscuridad la otra faz del mundo, el Nuevo Mundo y la Nueva España, de la cual naciera México.

e) *Durango, su bienamada ciudad*

En contraste con los criollos ricos del sector minero, para los ganaderos no existió la liberación del capital, la posibilidad del desemboque de las riquezas en el derroche. La riqueza, caso de existir –“en Hispanoamérica la posesión de la tierra y de la riqueza no van juntas”–,³³ la absorbían las exigencias de la tierra. Nos lo ejemplifica el contraste de la austera Durango ganadera frente a la opulenta belleza de Zacatecas, cuyo esplendor arquitectónico se sustentó en la riqueza minera.

Sin embargo Durango, la antigua Guadiana, tiene los rasgos fundamentales de la belleza. Tiene armonía, proporción y color; tiene la gama de matices oro y rosa de su cantera, con vibraciones que el sol arranca sólo en las “regiones más transparentes del aire”. Cielo y tierra se conjugan; sus colores la enmarcan y armonizan; sólo para enfatizarla le faltan los árboles de que la privaron.

Saravia le dedicó sus estudios: *La ciudad de Durango y Las cédulas de la erección de la ciudad de Durango en Nueva Vizcaya*, en las que analiza y valora los antecedentes y la fundación, y sus *Notas sobre el escudo de la ciudad de Durango. La ciudad de Durango y La conquista de Durango*, fueron reimpresos, con textos de Pastor Rouaix, y Gerard Decorme, formando el *Manual de la historia de Durango*, por una feliz iniciativa del gobierno del Estado, en 1952.

La perspectiva económica de la ciudad la estudió en *Del siglo XVI al siglo XX, el comercio de Durango*. Es un análisis económico hecho con la penetración del financiero que dedicó largos años de su vida a esta actividad, en el Banco Nacional de México, la institución con que se identificó.

La doble valoración de la historia y la economía se encuentra también en sus estudios *La Nueva Vizcaya, Durango oriental, Durango y su historia* y en *Minucias de historia de Durango. Algodón, lana, moreras y colmenas*.

Entre sus aportaciones documentales están el *Padrón de Durango* y el *Inventario General de los libros y papeles del Excelentísimo Ayuntamiento de Durango*, que proporciona valiosa información sobre el interés cultural de las autoridades de la ciudad de Durango, la capital de la Nueva Vizcaya, “que fuera por muchos

³³ Halperin, *Loc. cit.*

años la avanzada en nuestras tierras de la civilización europea traída por la conquista y, después, y también por mucho tiempo el centro de mayor cultura en el norte de nuestro país”.³⁴

f) *Su personalidad*

A don Atanasio G. Saravia podían aplicarse sus propias palabras sobre la psicología norteña: “eran en la paz, tranquilos y reposados, amantes de las buenas formas, reservados y corteses”. Su aislamiento les obligaba a generar una serie de valores con fuerza social: sabiduría, prudencia, virtud personal, entereza para vivir conforme a la estricta moral de su fe y serenidad de juicio.

Tenía elevada estatura y buena presencia, rostro de nobles y acusados rasgos, de tez blanca, despejada frente, ojos vivaces bajo sus pobladas cejas. Era solía decir “un hombre de campo” que se desplazaba con elegante naturalidad, al igual en los más exclusivos salones de la aristocracia española –el Duque de Alba se preciaba de su amistad–³⁵en las penosas travesías de la sierra duranguense, o en los consejos financieros internacionales. Impresionaba su sencillez, ello abonaba su inteligencia y noble ascendencia. La buena formación de su padre, le orientó a la Historia. Su madre fomentó su espíritu de investigación y observación, que le llevaba a reportar, siendo niño, la medida pluviométrica de su zona.

El origen de su familia procede del “Excelentísimo señor don Antonio González Saravia, Mollinedo y de la Quadra, Teniente General de los Reales Ejércitos y Capitán General del Reino de Guatemala”; de quien don Atanasio escribiera la biografía, y que fue fusilado, por orden de Morelos, en Oaxaca.³⁶

Halperin ya enfatizó que “las primeras filas de la alta clase criolla norteña, minera y ganadera” tuvieron su origen “o en los conquistadores cuyo imperativo de poblar la tierra se tradujo en una febril reproducción”, o en los soldados hispanos, “que les heredaron el sello de la escuela de honrada seriedad del ejército español”.³⁷

Al impacto revolucionario el sector social que perdió tierras y haciendas volvió su interés hacia otras actividades en las que fue fecundo. Saravia, en cambio,

³⁴ *Memorias*, t. VII, 1948, p. 1.

³⁵ *Memorias*, t. VIII, abril-junio, 1949, núm. 2, pp. 85-7.

³⁶ *Ensayos históricos*, pp. 161-206.

³⁷ Halperin, *ob. cit.*, p. 74.

compró la tierra, cimentó el patrimonio familiar en el campo, contra el parecer de sus colegas financieros, a cuyos ojos expertos parecía locura insistir.

Su decisión, que apoyaba su previsión del futuro, se basaba, como solía decir, en su conocimiento de la Historia. Su actitud corrobora la afirmación de Ortega y Gasset: “cuando el sentido histórico se perfecciona, aumenta también la capacidad de previsión”.³⁸

En Saravia la previsión era orientada por su claro juicio, que le hacía discernir, en situaciones de crisis, la actitud que ayudaría a estabilizar las nuevas formas de vida.

Dedicó buena parte de su empeño al engrandecimiento de la Academia Mexicana de la Historia de la que fue director (1941-1958). Creó su patrimonio con la participación de distinguidos mecenas,³⁹ la dotó de una hermosa casa e inició la publicación de su órgano de expresión permanente, las *Memorias de la Academia*, de aparición trimestral, ininterrumpida a la fecha. Su labor fue enaltecida por la “aclamación de votos con que los señores académicos le nombraron director vitalicio ad *honorem*”,⁴⁰ en la sesión del 27 de septiembre de 1958.

A don Atanasio G. Saravia se debe, además la recopilación en su archivo de una serie de valiosos materiales, impresos y manuscritos –originales y filmados–, que podrían ser la base de un centro documental regional para la historia de esa área, que en justo tributo recibiera su nombre y continuara su labor historiográfica.

³⁸ “La previsión del futuro”, *op. cit.*, pp. 19-26.

³⁹ Cuyos nombres se perpetúan en una placa en el interior del edificio.

⁴⁰ *Memorias*, t. XVII, 1958, octubre-diciembre, núm. 4, p. 337.

BIBLIOGRAFÍA HISTÓRICA DE ATANASIO G. SARAVIA

1. "Las tribus primitivas del Norte", *La Nave*. México. mayo de 1916. Año 1. núm. 1, pp. 98-119.
2. *Los misioneros muertos en el Norte de la Nueva España*. Durango, Talleres tipográficos de Silvestre Dorador, 1920. Segunda edición corregida y aumentada, publicada por Ediciones Botas, México, 1943.
3. "La dominación." Discurso de recepción en la Academia Mexicana de la Historia, leído en la sesión del 28 de junio de 1920. *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia, tomo I*, núm. 3, México, enero-marzo de 1942, p. 225, y en "Ensayos Históricos", pp. 149-160.
4. *Ensayos Históricos*. México, Ediciones Botas, 1937
 "La Nueva Vizcaya al finalizar el siglo XVI."
 "Las Tribus Primitivas del Norte."
 "La Iglesia Española de Indias a fines del siglo XVIII."
 "El descubrimiento de América."
 "Los Funerales de don fray Gonzalo de Hermosillo."
 "Durango - Breves Apuntes Históricos."
 "Para Ella y por Ella."
 "La Dominación."
 "Biografía del Excmo. Sr. Dn. Antonio González de Saravia."
 "Discurso en la recepción de don José López Portillo y Weber."
 "Historia del Malpais."
 "Notas sobre el Escudo de la Ciudad de Durango."
 "Discurso en la recepción de don Alberto María Carreño."
5. *Apuntes para la historia de la Nueva Vizcaya*, tomo I, *La conquista*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, Imprenta Riveles, 1938.
6. *El indio Rafael*, 1938.
7. *Viva Madero!*, novela, Editorial Polis, México, 1940.
8. "Nuestra Señora y la Nueva Vizcaya", *Ábside*, México, tomo IV, núms. 10, 11 y 12, 1940.
9. *Del siglo XVI al siglo xx (Del comercio de Durango)*, 1940.
10. Proyecto de levantar un monumento a don Francisco de Ibarra (carta a don Antonio Juanbelz, director de "El Siglo de Torreón"), 1941.

11. *Apuntes para la historia de la Nueva Vizcaya*, tomo II, *La ciudad de Durango*, 1563-1821, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1941.
12. "Los primeros franciscanos en la Nueva Vizcaya", *Memorias de la Real Academia Mexicana de la Historia Correspondiente de la Real de Madrid*, tomo I, núm. 4, México, octubre-diciembre, 1942, pp. 369-387.
13. Consideraciones sobre Durango y su Historia (Conferencia leída en la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística el 14 de septiembre de 1943).
14. "La Nueva Vizcaya, Durango Oriental." Conferencia leída en la tercera reunión de Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología e Historia, 1943.
15. La insurrección de la Tepehuana en 1616. Conferencia leída en la Sociedad de Alumnos de la Facultad de Filosofía y Letras el 21 de septiembre de 1943.
16. "Contestación al discurso de recepción de don José López-Portillo y Weber. *Memorias*, tomo II, núm. 3, julio-septiembre, 1943, pp. 230-240. "Ensayos Históricos."
17. "Contestación al discurso de recepción de don Alberto María Carreño, por el señor Académico don Atanasio G. Saravia", *Memorias*, tomo III, núm. 2, abril-junio, 1944, pp. 179-188.
18. "Discurso leído por el señor don Atanasio G. Saravia, director de la Academia el 12 de septiembre de 1943, en la velada conmemorativa del XXV aniversario de su fundación". *Memorias*, tomo III, núm. 4, octubre-diciembre, 1944, pp. 401-409.
19. "Discurso en la recepción del ingeniero don Vito Alessio Robles en la Academia Mexicana de la Historia", *Memorias*, tomo IV, núm. 2, 1945, pp. 158-166.
20. Mazatlán y Villa Unión, *Memorias*, tomo IV, núm. 3, enero-diciembre, 1945, pp. 270-289,
21. "La proclamación de don Luis I en 1724." *Memorias*, tomo IV núm. 4, octubre-diciembre, 1945, pp. 355-368.
22. "Homenaje a don Ignacio del Villar Villamil, Duque de Castroterreño, ex-director de la Academia Mexicana Correspondiente de la Real de Madrid." *Memorias*, tomo IV, núm. 4, octubre-diciembre, 1945.
23. "Nombre de Dios", manuscrito del Fondo Franciscano de la Biblioteca Nacional de México, tomo V, núm. 3, pp. 302-329.

24. "Contestación al discurso de recepción del señor doctor don Silvio Zavala el 16 de diciembre de 1946." *Memorias*, tomo V, núm. 4, 1946, pp. 367-373.
25. "Las Cédulas de erección de la ciudad de Durango en Nueva Vizcaya." *Memorias*, tomo VI, núm. 1, enero-marzo, 1947, pp. 45-59.
26. "Inventario general de los libros y papeles del Excmo. Ayuntamiento de Durango." *Memorias*, tomo VII, 1948, pp. 1-74.
27. "Discurso leído en la Academia durante la ceremonia de recepción del señor D. Joaquín Meade." *Memorias*, tomo IX, núm. 3, abril-junio, 1950, pp. 266-273.
28. *La catedral de Durango*, Durango, Imprenta Salas, 1950.
29. "Minucias de historia de Durango. La casa de los gobernadores." *Memorias*, tomo X, núm. 1, enero-junio, 1941, pp. 32-42.
30. "Discurso leído por don Atanasio G. Saravia en la velada con que la Academia Mexicana de la Historia correspondiente de la Real de Madrid y la Academia Mexicana de la Lengua, correspondiente de la Española, conmemoran el Quinto Centenario del Nacimiento de doña Isabel la Católica el 20 de abril de 1951." *Memorias*, tomo x, núm. 2, enero-junio, 1951, pp. 117-124.
31. Pastor Rouaix-Decorme-Saravia, *Manual de Historia de Durango*, México, Ediciones del gobierno de Durango, 1952, pp. 400.
32. "Minucias de Historia de Durango. Don Francisco de Rojas y Ayora." *Memorias*, tomo XI, núm. 4, octubre-diciembre, 1952, pp. 476-511.
33. "Minucias de Historia de Durango. Algodón, lana, moreras y colmenas." *Memorias*, XV, núm. 3, julio-septiembre, 1956, pp. 271-285.
34. *Apuntes para la historia de la Nueva Vizcaya*, tomo IV, *Las sublevaciones*, México, Librería de Manuel Porrúa, S. A., 1956.
35. "Fuentes documentales. I. Don Rodrigo de Río de Losa. Su testamento." *Memorias*, tomo XVI, núm. 3, julio-septiembre, 1957, pp. 262-280.
36. "Fuentes documentales, Padrón de la ciudad de Durango 1778." *Memorias*, tomos XVII, 1958, núms. 3 y 4; XVIII, 1959, 1 y 2, abril-diciembre, 1958, pp. 254-309; 406-453 y enero-julio, 1959, pp. 47-96, 173-202.
37. *Cuatro siglos de la vida de una hacienda*. México, 1959.